

¿Crisis económica, crisis financiera o crisis del sistema social global?

Economic Crisis, Financial Crisis or Crisis of the Global Social System?

JUAN DÍEZ NICOLÁS

Universidad Europea de Madrid y ASEP
jdieznic@terra.es

La pregunta que da pie a estas reflexiones no es retórica. La crisis económica comenzó más o menos en 2007, con los problemas de Lehmann Brothers y su quiebra en 2008, pero en ningún momento los expertos en economía o en finanzas, ni los dirigentes políticos, ni nadie de los que ocupaban posiciones de poder en los sistemas sociales de nuestros países desarrollados anunciaron lo que se venía encima. Una de dos, o eran totalmente ignorantes de lo que estaba ocurriendo, o no quisieron anunciar lo que sucedía y sus previsibles consecuencias. En cualquiera de los dos casos, malo, pues es difícil decir qué es peor, si la ignorancia supina o el engaño. La cuestión es que el mundo occidental, y de manera especial los países del sur de Europa, se encuentran sumidos en una crisis económico-financiera desde hace ya seis años, crisis que no parece dar tregua, y que cada semana o cada mes presenta una nueva faceta que agrava la situación, como lo acaba de hacer la crisis en Chipre.

Las ciencias sociales, y en concreto la sociología y la ciencia política, son con demasiada frecuencia juzgadas por sus aciertos o errores al pronosticar resultados electorales basándose en encuestas. Hay encuestas electorales buenas, regulares y malas, pero además hay muchas encuestas que ayudan a conocer mejor nuestras sociedades y que no son electorales. Y hay muchas investigaciones sociales que no se basan en encuestas. En otras palabras, juzgar a las ciencias sociales por las malas encuestas electorales no parece muy justo. Por el contrario, la acumulación de conocimientos sobre la realidad social procedentes del trabajo de un creciente número de investigadores en ciencias sociales en todo el mundo está proporcionando un también creciente número de explicaciones e interpretaciones, y también de pronósticos que se van cumpliendo sin que ello reciba apenas atención por parte de una sociedad aparentemente más interesada en lo anómalo y extraordinario que en lo normal y ordinario. La investigación social ha perdido espectacularidad, pero ha ganado en rigor y capacidad explicativa y predictiva.

Después de la década del desarrollo de los años sesenta, en la que también España disfrutó de unas tasas de desarrollo económico nunca más repetidas, y cuando todo apuntaba a que

el mundo, al menos el «Occidental», como entonces se decía, iba a presenciar un desarrollo económico en todos los países y por tiempo indefinido (Rostow, 1962; Kahn y Wiener, 1967; Hudson Institute, 1975), se produjo el gran desencanto, que, sin embargo, fue anunciado, previsto y pronosticado. En efecto, poco antes de la primera crisis del petróleo de 1973 hubo voces que pronosticaron «límites económicos al crecimiento» en lo que fue el primer informe al Club de Roma (Meadows, 1972), incluso hubo quien pronosticó que se alcanzarían antes los «límites sociales» que los económicos (Hirsh, 1978). Muchos otros informes internacionales coincidieron en un pronóstico muy similar sobre el futuro del mundo para el año 2000 o 2010 (Naciones Unidas, 1979; OCDE, 1980; Council on Environmental Quality and Department of State, 1980, etc.) que yo mismo asumí y resumí en una conferencia en el Club Siglo XXI en 1979, vinculando esos pronósticos a la teoría del ecosistema social (Díez Nicolás, 1981; Díez Nicolás, 1982), que fue reproducida en diversas publicaciones bajo el título «La España previsible», y en la que se abordaba el futuro del mundo y también el de España.

Ese futuro previsible para el mundo se resumía en la siguiente cadena de hechos: (1) crecimiento acelerado de la población mundial, (2) creciente deterioro del medio ambiente, (3) empeoramiento de la calidad de vida, (4) incremento de las desigualdades sociales (entre países y dentro de cada país), (5) incremento de los conflictos sociales latentes y/o manifiestos (entre países y dentro de cada país), y (6) recurso a sistemas de gobierno autoritarios para enfrentarse a los conflictos. Cuando escribí esos pronósticos, que eran sobre todo los extraídos de los informes e investigaciones antes citados, tanto España como el resto de los países desarrollados estaban más o menos en las fases o estadios 2 y 3. Por tanto, para las primeras fases se podía explicar lo que había ido sucediendo, y se especulaba con lo que podría ocurrir en las fases 4 a 6. Ahora, casi 30 años después, podemos describir lo que ha sucedido en relación con las etapas 1 a 5, y estamos a punto de entrar en la fase o etapa 6.

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN COMO PROBLEMA

Todo parece haber comenzado como consecuencia de un crecimiento demográfico acelerado de la población humana. En efecto, el crecimiento demográfico mundial ha sido y continúa siendo excesivo en la actualidad. Como es bien sabido, y he reiterado en numerosas ocasiones, si se acepta que la población del mundo era de 250 millones de habitantes en el año 0 de la era cristiana, hubo que esperar 1.650 años para duplicar la población. Eso significa que la tasa anual de crecimiento medio de la población mundial durante ese periodo de dieciséis siglos y medio fue solo del 0,06% anual, y ello se debió a que la natalidad y la mortalidad eran muy altas, lo que provocaba una tasa de crecimiento próxima a 0 e incluso negativa la mayoría de las veces. El crecimiento (positivo o negativo) dependía más de las oscilaciones en la mortalidad, que en general era muy alta debido a las «tres parcas»: hambre, enfermedad y guerras (Sauvy, 1961), que de las oscilaciones en la natalidad, que era alta y estable.

Pero a partir de mediados del siglo XVII se produjo la revolución agrícola que mejoró notablemente las técnicas de producción de esos recursos. Y a mitad del siglo XVIII se inició la revolución industrial, que aunque originaria en los telares británicos, pronto se difundió a

través de toda Europa y poco después a todo el mundo. Estas dos revoluciones provocaron un gran crecimiento demográfico de la población mundial, y de manera muy especial de la población europea, de manera que en solo doscientos años se volvió a duplicar la población mundial, pasando de los 500 millones de 1650 a los 1.000 millones de 1850. La tasa anual de crecimiento medio pasó, por tanto, de 0,06% a 0,5%, es decir, se multiplicó por 10 durante esos doscientos años, y ello fue posible por el aumento de la productividad en la agricultura y por las continuas innovaciones en los transportes y las comunicaciones, que facilitaban el acceso a los recursos, reduciendo la mortalidad por hambre y enfermedad (y aunque no dejó de haber guerras, sus consecuencias fueron más controladas por las razones citadas y por los avances en la medicina).

La continuación de los avances citados, la concentración de la población en las ciudades, los avances en la medicina, el cambio social acelerado, permitió a la humanidad duplicar nuevamente su población en solo cien años, de manera que esta ya fue de 2.000 millones en 1950, con una tasa anual de crecimiento medio del 1% durante ese siglo¹. Es cierto que entre 1850 y 1950 hubo varias guerras cruentas en el mundo, como la franco-prusiana de 1870, la guerra hispano-norteamericana de 1898 que costó a España la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la I Guerra Mundial (1914-18), la revolución rusa de 1917, la guerra civil en España (1936-39) y la II Guerra Mundial (1939-45), además de muchas otras guerras importantes en diferentes lugares del mundo, desde Asia hasta Latinoamérica. El crecimiento de la población mundial, por tanto, no se debió a la eliminación de las guerras, pues estas proliferaron por doquier y además costaron millones de vidas humanas. Más bien al contrario, aunque la mortalidad por las guerras fue alta, el descenso de la mortalidad por hambre y enfermedad fue mucho más importante, de manera que, como la natalidad se mantuvo a un alto nivel en todo el mundo, incluso en los países desarrollados hasta el primer tercio del siglo XX, la reducción de la mortalidad por los avances en la medicina, las vacunas, el acceso más fácil a los alimentos y a toda clase de recursos, contribuyó a favorecer un alto crecimiento demográfico en todo el mundo.

La aceleración en el ritmo de crecimiento de la población del mundo no solo no se detuvo, sino que se incrementó aún más, de manera que la población mundial se ha más que triplicado otra vez en solo 50 años. En efecto, de 1950 al año 2000 la población mundial ha pasado de 2.000 a 6.000 millones de habitantes. Eso significa que la tasa anual de crecimiento medio ha sido de un 4%, una tasa media realmente asombrosa, puesto que duplicaría la población cada 18 años. Al escribir estas líneas, a principios de 2013, la población mundial supera ya los 7.000 millones de habitantes, y debido a que la tasa de crecimiento está disminuyendo, las Naciones Unidas estiman que para el año 2050 se habrá llegado a los 9.624 millones de habitantes en el planeta. En otras palabras, de los 2.000 habitantes de 1950 se habrá llegado a los 9.624 millones en 100 años, lo que implica una tasa anual de crecimiento medio de 3,81%, o sea, algo más baja que la tasa anual de crecimiento medio entre 1950 y 2000.

¹ Conviene recordar aquí que una población que crece al 1% anual duplica su población cada 70 años, y con una tasa del 2% anual duplica la población en solo 35 años, al 3% la duplica cada 24 años, y al 4% cada 18 años.

Produce cierto vértigo constatar que en 1950, cuando muchos de los habitantes actuales del mundo ya habían nacido, la población total de este era 500 millones de habitantes inferior (2.000 millones) a la suma de las poblaciones de China e India en la actualidad (2.610 millones más o menos en 2012)². Los contrastes en las estructuras y cambios demográficos entre países más y menos desarrollados se pone de manifiesto al comparar dos países con una población similar en 2012, Tanzania y España (Population Reference Bureau, 2012).

TABLA 1

	Tanzania	España
Población (2012)	48 millones	46 millones
Población proyectada (2050)	138 millones	48 millones
Número promedio de hijos por mujer	5,4	1,4
Número total de nacimientos anuales	1,9 millones	483.000
Porcentaje de la población menor de 15 años	45%	15%
Porcentaje de la población mayor de 65 años	3%	17%
Porcentaje de la población con 65 y más años (2050)	4%	33%
Esperanza de vida al nacer	57 años	82 años
Tasa de mortalidad infantil (por 1.000 nacidos vivos)	51	3,2
Número anual de defunciones infantiles	98.000	1.600
Porcentaje de la población adulta /de 15 a 49 años con SIDA	5,6%	0,4%

El problema demográfico no se limita al crecimiento en sí mismo, sino a la distribución de ese crecimiento en todo el planeta. En efecto, en 1950 un tercio de la población mundial vivía en países desarrollados, mientras que dos tercios vivían en países menos desarrollados. En 2012 la proporción de la población mundial que residía en países desarrollados era solo del 18%. En cualquier caso, parece evidente que, aunque todavía en la actualidad los países más desarrollados tienen una población mucho más envejecida que los menos desarrollados, esas diferencias se están reduciendo a un ritmo más rápido que el que habían previsto las Naciones Unidas. De hecho, a medio plazo la estructura demográfica de los países menos desarrollados será muy similar a la de los países desarrollados, pues su natalidad está disminuyendo muy rápidamente y su esperanza de vida es cada vez más alta, lo que está produciendo un rápido envejecimiento de sus poblaciones. El hecho cierto es que la población mundial habrá llegado en 2050 cerca del tope máximo estimado por los científicos como susceptible de ser soportado por el planeta Tierra (10.000 millones), y que esa población será sobre todo una población de personas mayores, especialmente en ciertas regiones del mundo, como la Europa del Sur, donde uno de cada tres habitantes tendrá más de 65 años. Y lo que es

² Debe recordarse que los cálculos de gran número de científicos en diversos países y fechas suelen establecer en alrededor de 10.000 millones de habitantes el tamaño máximo de la población mundial que puede albergar nuestro planeta Tierra.

más preocupante, aunque la tasa de crecimiento irá reduciéndose poco a poco, seguirá siendo alta (0,7% anual entre 2025 y 2050, lo que implica duplicar la población cada 85-90 años.

USO INTENSIVO DE LOS RECURSOS Y DETERIORO ACELERADO DEL MEDIO AMBIENTE

El uso intensivo de los recursos naturales de la Tierra se produce no solo porque 7.000 millones de personas consumen más que 250 millones, sino porque cada habitante del mundo consume en la actualidad varios miles de veces más recursos naturales que los que consumía el del año 0. El cambio climático, la extinción de numerosas especies, el agotamiento de ciertos recursos o al menos su creciente escasez (en especial, el agua) constituyen ejemplos muy significativos de las consecuencias de la creciente presión de la población sobre los recursos.

Ya hemos indicado que el optimismo desarrollista que caracterizó a la década de los años sesenta fue sucedido por una preocupación por el agotamiento de los recursos que se manifestó primero en el primer informe al Club de Roma de 1972 y luego por la primera crisis del petróleo en 1973. Fue entonces cuando se iniciaron las preocupaciones por el peligro de agotamiento de ciertos recursos naturales no renovables y por el riesgo de que otros que sí eran renovables lo hicieran en periodos de tiempo muy largos. En la década de los años setenta se tomó conciencia del uso intensivo de los recursos naturales y de cómo eso afectaría a las generaciones futuras, lo que llevó a un mayor interés por la calidad de vida en lugar de por la cantidad (preocupación por el medio ambiente y no por el crecimiento económico), de manera que todos los grandes organismos internacionales crearon comités de medio ambiente, y la mayoría de los gobiernos de todo el mundo crearon ministerios, secretarías de Estado o cualquier otra clase de organismos para ocuparse del medio ambiente (Díez Nicolás, 2004: Introducción). Las llamadas de atención a la cuestión de los recursos han sido constantes desde esa década, tanto por parte de científicos e intelectuales de muy diversas áreas como de organismos internacionales, de asociaciones ecologistas y de políticos.

El deterioro del medio ambiente debe ser contemplado en al menos dos dimensiones. Por una parte, el deterioro que la acción económica del hombre provoca en el medio ambiente natural (contaminación de la atmósfera, de las aguas continentales y marítimas, contaminación de las tierras por los pesticidas, molestias producidas por los ruidos, problemas derivados de la eliminación de las basuras y residuos sólidos, problemas derivados de las concentraciones humanas en núcleos urbanos, etc.) y, por otra, la acción directa sobre los recursos que los seres humanos necesitan para su supervivencia (agotamiento y extinción de especies vegetales y animales y en general de los recursos renovables y no-renovables, uso intensivo de las fuentes energéticas, escasez de agua, etc.).

Por lo que respecta a las consecuencias para el medio ambiente natural de la acción del hombre, parece difícil suponer que esa acción pueda producir un cambio climático mundial, pues la naturaleza demuestra con frecuencia que está lejos de haber sido dominada por las comunidades humanas. Es evidente que las actuaciones de los seres humanos pueden modificar el medio ambiente en el ámbito local, incluso con grandes obras de construcción de

grandes embalses, de desvío de los cauces de ríos, de cambios de microclimas urbanos, pero los grandes cambios del clima en la Tierra parecen producirse con independencia de la acción del hombre, y tienen más que ver con los cambios en el eje de rotación terrestre, las grandes corrientes marítimas (por ejemplo, la corriente del Golfo), las manchas solares, y, en general, toda clase de fenómenos que tienen lugar en el espacio exterior. Las carreteras y autopistas pueden eliminar zonas forestales y agrícolas, pero si se dejan de mantener y reparar con cierta frecuencia, la vida vegetal y animal reaparecen, llegando a ocultar y a eliminar los rastros visibles del asfalto y de la acción humana. El ser humano solo actúa sobre una capa muy delgada de la corteza y la atmósfera terrestre, y sus actuaciones pueden ser fácilmente invertidas por la naturaleza. Los terremotos, los tsunamis, los huracanes, las inundaciones, las sequías y demás fuerzas de la naturaleza demuestran que el ser humano está lejos de haberla dominado, y que los cambios que pueda introducir en ella son fácilmente reversibles.

No es este el momento ni el lugar de hacer una descripción detallada de los problemas medioambientales o de la desaparición de especies animales o vegetales, o de las reservas del planeta en relación con determinados recursos actualmente vitales para el funcionamiento de nuestros sistemas sociales, como el petróleo. Los informes surgidos de las distintas conferencias internacionales promovidas por Naciones Unidas desde la primera en Estocolmo en 1972 hasta la de Johannesburgo de 2002 dan cuenta detallada de los principales problemas medioambientales en el planeta, así como de las políticas y convenciones internacionales más importantes, a escala mundial y regional. Sin embargo, sí parece conveniente hacer referencia a ciertas publicaciones recientes que muestran el estado de la cuestión. En primer lugar, el *Global Environment Outlook 2000* (United Nations Environment Program, 1999). En este informe se subraya que al comenzar el tercer milenio las dos tendencias más omni-comprendidas y generales son: (1) que el ecosistema humano global está amenazado por grandes desequilibrios en productividad y en la distribución de bienes y servicios. El problema, pues, no es tanto la producción de recursos como su distribución entre las diferentes regiones y países del planeta; y (2) que el mundo está experimentando un cambio acelerado, de manera que el liderazgo necesario para ocuparse del medio ambiente queda muy rezagado respecto al desarrollo económico y social.

Este énfasis en la aceleración del cambio no solo lo asumimos, sino que permea totalmente la cadena de acontecimientos que aquí se está comentando. En efecto, partiendo de los cuatro elementos del ecosistema social: población, medio ambiente, tecnología y organización social (Díez Nicolás, 1982), es innegable la aceleración del cambio en cada uno de ellos, en el crecimiento demográfico, en el uso intensivo de los recursos del medio ambiente, en la innovación tecnológica (especialmente en los transportes y comunicaciones), y en las formas de organización social (incluyendo los sistemas de valores y creencias).

Puede sintetizarse así el informe citado: (1) la evidencia sugiere que existe una influencia humana discernible sobre el clima global, (2) se está reduciendo significativamente la capa de ozono, (3) está aumentando la presencia del nitrógeno tanto en el suelo como en las aguas continentales y marítimas y en la atmósfera, con implicaciones comparables a las causadas por las emisiones de carbono, (4) están aumentando la frecuencia y efectos de los desastres naturales, como terremotos, erupciones volcánicas, huracanes, fuegos e inundaciones, (5) también están aumentando en frecuencia y efectos la presencia del fenómeno denominado El

Niño que altera la corriente del Golfo, (6) está aumentando la degradación de los bosques y tierras, con incrementos de la desertización, la erosión, la deforestación y la reducción de la biodiversidad, (7) se agrava el acceso de las poblaciones al agua, pues este bien es fijo pero la población, como se ha visto, crece de forma exponencial, (8) incremento del deterioro de las costas marítimas y reducción de la fauna marina por el incremento acelerado de las capturas, (9) degradación creciente de la atmósfera, con incrementos de la lluvia ácida, y (10) refuerzo multiplicador de unos problemas medioambientales sobre otros.

OTROS INFORMES PROSPECTIVOS GLOBALES SOBRE LA SITUACIÓN Y FUTURO DEL MUNDO

Diversos informes recientes mencionan de manera directa o indirecta los mismos que fueron expuestos en los informes citados, publicados en la segunda mitad de la década de los años setenta y principios de los ochenta. Todos parten de la problemática creada por la relación entre población y recursos. Y, de una forma u otra, se refieren a la pérdida de calidad de vida, al incremento de las desigualdades sociales y económicas entre países y dentro de cada país, al incremento de los conflictos sociales entre países y dentro de cada país, y al posible incremento de regímenes autoritarios.

En el último informe del Millenium Project, *2011 State of the Future* (Glenn, Gordon y Florescu, 2011) se incluyeron quince desafíos o problemas globales para la humanidad: (1) desarrollo sostenible y cambio climático, (2) agua limpia, (3) población y recursos, (4) democratización, (5) perspectivas a largo plazo, (6) convergencia global de las tecnologías de la información, (7) brecha entre ricos y pobres, (8) la salud, (9) capacidad para decidir, (10) paz y conflicto, (11) situación de la mujer, (12) crimen transnacional organizado, (13) energía, (14) ciencia y tecnología, y (15) ética global. Resulta muy curioso constatar que en muchas de estas publicaciones se incluyen problemas, peligros, desafíos, etc., que de una u otra forma son totalmente compatibles a la cadena de acontecimientos y sus causas que aquí se están analizando. La cuestión es que en este mismo informe se agrupan estos quince desafíos en cinco grandes categorías: a) grupo de problemas graves pero de impacto social no inmediato (4 problemas: 1, 3, 10 y 15); b) grupo de problemas de impacto inmediato positivo (5 problemas: 6, 8, 9, 11 y 14); c) grupo de problemas de impacto inmediato negativo (3 problemas: 7, 12 y 13); d) impacto inmediato positivo en algunos países y no impacto en otros (2 problemas: 2 y 4); e) impacto puntual (1 problema: 5).

En enero de 2013 el Foro Económico Mundial (www.weforum.org) publicó la octava edición de su informe *Riesgos mundiales* (World Economic Forum, 2013). Este informe se basa en las respuestas de 1.000 personas representativas de las empresas, las administraciones públicas, la academia y la sociedad civil relativas a la probabilidad e impacto de cincuenta riesgos concretos. El informe clasifica los riesgos en cinco grandes categorías: económicos, geopolíticos, medioambientales, sociales y tecnológicos. Las principales conclusiones, basadas en unos análisis muy detallados, pueden resumirse así: a) los cinco riesgos más probables son: importantes desigualdades de renta, desequilibrios fiscales crónicos, crecientes emisiones de gases de efecto invernadero, crisis de abastecimiento de agua y mal

tratamiento del envejecimiento de la población; b) los cinco riesgos de mayor impacto son: importante fracaso sistémico financiero, crisis del abastecimiento de agua, desequilibrios fiscales crónicos, difusión de armas de destrucción masiva y fracaso de la adaptación a los cambios climáticos. Pero además de los riesgos mundiales el informe ofrece también las respuestas sobre los cambios más probables y de mayor impacto: a) los cinco cambios más probables son: consecuencias imprevistas de las nuevas tecnologías de las ciencias de la vida, consecuencias imprevistas de la reducción de cambios climáticos, un crecimiento de la población insostenible, aterrizaje duro de una economía emergente y mal tratamiento del envejecimiento de la población; b) los cinco cambios que tendrían mayor impacto son: consecuencias negativas imprevistas de la regulación, nacionalización unilateral de los recursos, desequilibrios crónicos del mercado laboral, aterrizaje duro de una economía emergente, mal tratamiento del envejecimiento de la población. Este octavo informe de 2013 analiza en detalle además tres riesgos específicos tanto a escala mundial como nacional: 1) la verificación de la resiliencia económica y medioambiental, los incendios digitales de un mundo hiperconectado y los peligros de arrogancia respecto a la salud humana. Lamentablemente no se pueden comentar en detalle estas conclusiones, pero sí puede resaltarse que la mayoría de los riesgos y grandes cambios se refieren a los dos primeros factores aquí analizados, la población y los recursos. No debe olvidarse que todas las comunidades humanas deben producir recursos para sus miembros individuales, deben establecer los mecanismos de distribución de los recursos producidos, y deben establecer las normas y coordinación para que se lleven a cabo con la mejor eficacia posible las dos funciones anteriores, producción y distribución de los recursos.

El tercer informe que se resume a continuación es el *Global Trends 2030* (National Intelligence Council, 2012). Se tienen en cuenta en este informe cuatro «megatendencias» (*mega trends*), apuntaladas por siete «cambios tectónicos» (*tectonic shifts*), modificables por seis «cambiadores del juego» (*game changers*) y amenazadas por ocho «cisnes negros» (*black swams*³). Las cuatro megatendencias son: (1) el creciente poder de los individuos (debido a la disminución de la pobreza, el crecimiento de las clases medias, y el incremento de la educación y la salud de las poblaciones); (2) la difusión del poder (por el declive de las economías de Europa, Japón y Rusia) y el cambio del poder hacia redes multifacéticas y amorfas, hacia un mundo multipolar); (3) pautas demográficas (que influirán sobre las condiciones económicas y políticas de los países: envejecimiento, reducción de los países de mayoría joven, migraciones y crecimiento de la población urbana); y (4) creciente demanda de alimentos, agua y energía (la mayor parte de la reducción de las precipitaciones de agua se producirá en Oriente Medio, norte de África, Asia occidental-central, sur de Europa, sur de África y sudoeste de Estados Unidos).

Los siete «cambios tectónicos» que pueden reforzar esas mega-endencias son: (1) gran crecimiento objetivo y subjetivo de las clases medias; (2) mayores facilidades de acceso (incluso individual) a tecnologías letales y destructivas (que aumentarán la inseguridad);

³ Los «*black swams*» o «cisnes negros» son acontecimientos sorprendentes e inesperados que, sin embargo, tienen consecuencias muy importantes y para los que «a posteriori» se ofrecen explicaciones racionalizadas que sugieren que existía suficiente evidencia para haberlos previsto.

(3) cambio definitivo del poder económico hacia el Este y el Sur mundiales (por ejemplo, el poder económico conjunto de Europa, EE. UU. y Japón pasará del 56% hasta menos del 50% en los próximos años); (4) envejecimiento de la población en todos los países; (5) crecimiento de la población urbana hasta más del 60% de la población total del mundo; (6) incremento del 35% en la demanda de alimentos y del 40% en la demanda de agua; y (7) independencia de los Estados Unidos en materia de energía.

Los seis «cambiadores del juego», cuya influencia determinará el tipo de mundo al que nos encaminamos, y que pueden alterar las megatendencias son: (1) una economía global inexorablemente encaminada hacia la crisis («*crisis-prone*»), pues no se puede descartar otra gran crisis como la de 2007; (2) un retraso en las instituciones de gobierno («*governance gap*») atribuible al incremento en el número de actores políticos, especialmente en el nivel doméstico, como consecuencia de los cambios sociales y políticos, lo que complicará la toma de decisiones; (3) potencial para que aumenten los conflictos, tanto entre países como dentro de cada país; (4) incremento de la inestabilidad regional, especialmente en el Medio Oriente y en el sur de Asia, a causa de la falta de un marco de seguridad regional bien definido que pueda arbitrar y mitigar las crecientes tensiones provocadas por el surgimiento de un sistema multipolar de poder en ambas regiones; (5) el impacto de nuevas tecnologías, y, de manera especial, la tecnología de la información, las nuevas tecnologías manufactureras y de automoción, las tecnologías de seguridad de recursos vitales (alimentos, agua y energía), y las tecnologías de la salud; y (6) el papel de los Estados Unidos, que se reducirá pero seguirá siendo «el primero entre iguales».

Finalmente, los ocho «cisnes-negros» o acontecimientos imprevistos que pueden alterar de manera significativa el devenir histórico son: (1) una pandemia severa; (2) un cambio climático más rápido; (3) el colapso del euro y/o de la Unión Europea; (4) una China democrática o colapsada; (5) un Irán reformado, con un régimen más liberal, que implicaría un cambio radical en Oriente Medio; (6) una guerra nuclear, cibernética o con armas de destrucción masiva; (7) la aparición de tormentas solares geomagnéticas; y (8) un colapso o retirada total de los Estados Unidos de la esfera internacional que provocase un clima de anarquía.

Todas estas tendencias, denominadas con diferentes nombres como se ha indicado, conducirían a cuatro posibles escenarios de mundos alternativos. El primero de estos escenarios, el menos plausible «peor caso» imaginable, sería el del «motor parado» («*stalle dengine*»), que resultaría de un riesgo de conflictos interestatales provocado por un nuevo «gran juego» en Asia, es decir, un conflicto entre países poderosos con intereses contrapuestos en aquella región del mundo. Por el contrario, el segundo de estos escenarios, el más plausible «mejor caso» imaginable sería el de la «fusión», en el cual el peligro de un creciente conflicto en el sur de Asia provocaría un esfuerzo conjunto de EE. UU., Europa y China para intervenir e imponer un «alto el fuego». El tercer escenario, denominado «Gini fuera de la botella»⁴, sería un escenario de grandes desigualdades extremas en la sociedad, de manera que esas

⁴ Se refiere al índice de Gini, que indica las desigualdades de renta en una sociedad entre los que tienen las rentas más altas y los que las tienen más bajas, y la expresión «fuera de la botella» hace referencia a que no se trata del clásico ejemplo de la botella medio-llena o medio-vacía, sino a que las desigualdades medidas por el índice Gini serían tan grandes que se saldrían de la botella.

desigualdades, tanto entre países como dentro de cada país, conducirían a tensiones sociales y políticas crecientes. Y el cuarto escenario sería el de un mundo «sin Estados», no porque desaparecieran necesariamente los Estados, sino porque incrementarían su protagonismo los actores sociales y políticos no gubernamentales, como las organizaciones no-gubernamentales (ONG), las empresas multinacionales, las instituciones académicas, de manera que surgirían toda clase de coaliciones híbridas entre actores estatales y no-estatales que además cambiarían en cada momento según el tema en cuestión.

LAS CRECIENTES DESIGUALDADES SOCIALES Y ECONÓMICAS Y EL POSIBLE INCREMENTO DE LOS CONFLICTOS SOCIALES

Como parece deducirse de todos los informes más recientes sobre el presente y el futuro del mundo, los informes de finales de la década de los años setenta no andaban muy descaminados. Estos y aquellos sitúan en el origen de los cambios previsibles el crecimiento de la población y el uso intensivo de los recursos, y sitúan entre las consecuencias las crecientes desigualdades sociales y económicas y el posible incremento de los conflictos sociales, entre países y dentro de cada país. Con diferentes palabras y argumentos se observan más coincidencias que diferencias entre los distintos «futuros previsibles» que se han examinado.

No parece haber dudas sobre el incremento de las desigualdades sociales, tanto entre países como dentro de cada país. Las desigualdades entre países pueden medirse por las diferencias en la renta per cápita hace décadas y ahora. Así, en 1965 en la región del mundo con mayor rpc (Norteamérica) esta era 35 veces más alta que la rpc de la región que la tenía más baja (Asia central-sur) (Population Reference Bureau, 1965). En el año 2000, en la región con más alta rpc (Norteamérica) esta era 108 veces más alta que la de la región con más baja rpc (África oriental) (Population Reference Bureau, 2000). Si se toman en cuenta los países concretos, en 1965 en el país con mayor renta per cápita (Kuwait) esta era 94 veces más alta que la del país con la rpc más baja (Malawi). Pero en el año 2000 en el país con la rpc más alta (Luxemburgo) esta fue 451 veces mayor que la del país con la rpc más baja (Etiopía).

En cuanto a la afirmación de que las desigualdades sociales y económicas están aumentando dentro de cada país en la mayoría de las sociedades actuales, me remito a lo que se dice en el informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano de 2010, cuando se afirma que «por cada país que ha reducido la desigualdad en los últimos 30 años, mas de dos la han aumentado» (PNUD, 2011). La fuente no solo no es dudosa, sino que en ese informe se comparan diversos indicadores de desigualdad dentro de cada país desde 1970 hasta 2010. Por otra parte, dos informes de la OCDE muy recientes, uno de 2008 y otro de 2011, confirman de manera muy clara y directa el incremento de las desigualdades dentro de cada país (OECD, 2008, 2011).

Los tres informes recientes mencionados incluyen entre sus problemas, riesgos o tendencias, referencias al incremento de las desigualdades y al incremento de las tensiones sociales y políticas, y, por tanto, al incremento de los conflictos sociales y políticos. Concretamente, el informe del Millenium Project, entre los desafíos y problemas para la humanidad menciona «la (creciente) brecha entre ricos y pobres», «la paz y el conflicto», y «el crimen transnacional

organizado». El informe sobre los Riesgos Globales se refiere a «las importantes desigualdades de renta» entre los 5 riesgos más probables, y a «la difusión de armas de destrucción masiva» entre los 5 riesgos de mayor impacto. Y el informe sobre Global Trends incluye entre los cambios tectónicos «las mayores facilidades de acceso a tecnologías letales y destructivas»; entre los cambiadores del juego menciona «el potencial para que aumenten los conflictos»; entre los «cisnes negros» incluye «una guerra nuclear»; y entre los cuatro mundos alternativos posibles menciona como tercero al de «Gini fuera de la botella», es decir, a un mundo de grandes desigualdades extremas que conducirán a grandes tensiones sociales. Así pues, parece haber bastante consenso en que las desigualdades sociales conducen a más conflictos sociales (Wilkinson, 2004).

Pero lo más importante no es solo que estén aumentando las desigualdades sociales entre países y dentro de cada país, sino que las poblaciones son cada vez más conscientes de esas desigualdades, debido a los medios de comunicación y transporte, que han facilitado una globalización de la información. Las antenas de TV por satélite, Internet y los teléfonos móviles (además de las crecientes migraciones internacionales, a causa de la reducción en el tiempo y el coste de los transportes), han hecho posible que las poblaciones de cualquier lugar del planeta puedan ver, incluso en tiempo real, cómo viven las poblaciones de cualquier otro lugar del planeta. Lo que constituye el caldo de cultivo para el incremento de los conflictos sociales y políticos es que los medios de comunicación, y especialmente sus más recientes innovaciones, permiten a cualquier individuo en cualquier lugar del mundo conocer, incluso ver directamente, cómo viven los que viven mejor, en su propia sociedad y en otras sociedades. Hace ya mucho tiempo que tuve ocasión de sugerir que, antes de la gran influencia de los modernos medios de comunicación, todas las sociedades mostraban diferencias en el nivel de vida objetivo de diferentes clases o estratos sociales, e igualmente mostraban unas diferencias, que eran proporcionalmente algo más altas, en su estándar de vida, es decir, en el nivel de vida al que aspiraban. Se trataba de dos líneas paralelas, de manera que los que tenían un nivel objetivo de vida alto aspiraban (como estándar) a un nivel algo superior al objetivo, y los que tenían un nivel objetivo de vida bajo igualmente aspiraban a un nivel algo superior a su nivel objetivo, pero en ambos casos el nivel subjetivo al que aspiraban era un 25-30% superior a su respectivo nivel objetivo, por lo que las dos líneas eran paralelas. Sin embargo, los medios de comunicación, y de manera muy especial la televisión (por satélite en los países menos desarrollados), Internet y los teléfonos móviles han globalizado la información en tiempo real, de manea que cualquier ciudadano de cualquier país menos desarrollado o desarrollado puede ver directamente cómo se vive en cualquier país del planeta, de manera que, si bien continúan existiendo diferencias en los niveles objetivos de vida, se han igualado las aspiraciones, es decir, los niveles subjetivos de vida, los niveles a los que aspiran los ciudadanos. Las dos líneas ya no son paralelas, pues una de ellas es prácticamente horizontal, una constante, con la consecuencia de que, para los de alto nivel objetivo de vida, la diferencia con su nivel subjetivo es relativamente pequeño, como antes, pero para los que tienen un bajo nivel objetivo de vida, la diferencia con su estándar es enorme, lo que puede generar frustración, al saber que las posibilidades de lograr su estándar son muy escasas. Esta frustración conduce con frecuencia a la protest, y también con frecuencia a acciones que pueden considerarse como de conflicto social, dentro de cada país o incluso entre países (Díez Nicolás, 1967).

El incremento de los conflictos sociales, entre países y dentro de cada país, parecía haberse reducido a partir del final de la II Guerra Mundial, pero ello no es totalmente cierto. Sí es cierto que durante el periodo de la guerra fría entre los Estados Unidos y sus aliados (con el pacto de la OTAN) y la Unión Soviética y sus aliados (con el pacto de Varsovia) redujo considerablemente los conflictos abiertos entre países, pero ello no evitó algunos conflictos importantes como la guerra de Corea en los años cincuenta, la de Vietnam en los años sesenta, la revuelta de Budapest en 1956, la primavera de Dubceck en Praga en 1968, las revueltas en Polonia durante los años sesenta y setenta, el mayo del 68 en París y sus secuelas en otros países occidentales, las revueltas de jóvenes en Estados Unidos para evitar ser enviados a Vietnam, las revueltas de jóvenes en todo el mundo contra la guerra de Vietnam, las revueltas estudiantiles en Berkeley y otras universidades norteamericanas, etc. Precisamente esas revueltas especialmente de jóvenes universitarios sugieren que la conocida hipótesis de Lipset y gran parte de la sociología política norteamericana relativa a que los jóvenes tienden a ser progresistas (izquierdistas), pero que con la edad esas juventudes se hacen crecientemente conservadoras (de derechas), no parece ser respaldada por la realidad. En efecto, mientras las juventudes occidentales (europeas y americanas) se manifestaban contra el capitalismo y en favor de Marx y de Marcuse, las juventudes de los países comunistas se manifestaban contra sus jerarcas comunistas y en favor del jazz, los pantalones vaqueros, la coca-cola y de la democracia liberal y parlamentaria. Más bien parece que la citada hipótesis debería ser reformada en el sentido de que los jóvenes suelen estar contra el poder y el sistema establecido, sobre todo si lleva mucho tiempo sin cambiar.

En cualquier caso, lo cierto es que una vez roto el equilibrio del mundo bipolar creado por la guerra fría, al caer el muro de Berlín en 1989, los conflictos sociales entre países y dentro de cada país han aumentado significativamente. No es posible aquí repetir todos los conflictos ni siquiera los más importantes, pero basta pensar en Oriente Medio, en el conflicto permanente entre Israel y sus vecinos, en los innumerables conflictos en el África subsahariana, en los Balcanes, en los numerosos conflictos en Asia central, entre los mares Caspio y Negro, en las antiguas repúblicas soviéticas independizadas, y más recientemente en los numerosos conflictos internos en diferentes países por movimientos revolucionarios o por conflictos sociales de menor importancia, como el 15-M o similares, los actos atribuibles al terrorismo nacional o internacional, los movimientos antisistema, la «primavera árabe», los derivados de la crisis económica y financiera que se inició en 2007, etc., para llegar a la conclusión de que los conflictos internos y los internacionales son cada vez más frecuentes en todas partes, aunque ciertamente raramente alcanzan la intensidad de una guerra. Recientemente se ha podido investigar la propensión al conflicto en cerca de un centenar de países (Díez Nicolás, 2013a). Y, dejando aparte los conflictos que tienen por objetivo lograr mayores cotas de democratización, la mayor parte de estos conflictos tienen su origen en reivindicaciones económicas. La evidencia empírica parece sugerir que los conflictos más o menos bélicos han crecido desde los años cincuenta hasta los noventa, pero que han disminuido a partir de esa década, de manera que el año 2010 ha sido uno de los de menor número de conflictos en todo el mundo (VV.AA., 2011). No obstante, no puede dejar de subrayarse la importancia de los recientes conflictos sociales en numerosos países, tanto desarrollados como menos desarrollados, como consecuencia de la crisis financiera y económica iniciada

en 2007 y que continúa sin tener fecha de finalización. Por el contrario, los movimientos de protesta, tanto en Grecia como en España, por poner estos ejemplos, no solo no han disminuido, sino que han ido aumentando su intensidad y violencia, como lo demuestran los recientes acosos a políticos en sus domicilios, una práctica hasta ahora desconocida.

LA CRISIS DEL SISTEMA SOCIAL GLOBAL

La proliferación de conflictos está conduciendo a una puesta en cuestión cada vez más frecuente de los dos modelos que han regido en el mundo desarrollado desde la II Guerra Mundial: la economía de mercado libre y la democracia parlamentaria. El ya superado pronóstico de Fukuyama sobre la implantación global de ambos modelos como si ese fuese ya «el fin de la historia» (Fukuyama, 1991) se parece a la famosa oración de Pericles cantando las virtudes de la «polis», de la «ciudad-Estado», precisamente cuando ya era irremisible su declive y desaparición (Tucídides, 2007).

De acuerdo con la teoría del ecosistema social ya mencionada, las formas de organización social (familiares, económicas, políticas, educativas, incluso religiosas) constituyen respuestas adaptativas que las poblaciones humanas producen para lograr la mejor adaptación al medio, para maximizar la capacidad de supervivencia de la comunidad humana. Pero, como el medio al que han de adaptarse las comunidades humanas está cambiando continuamente (sobre todo por las innovaciones en las tecnologías de los transportes y las comunicaciones, que generalmente han ampliado las dimensiones del medio en el que las comunidades humanas encuentran los recursos para su supervivencia), es evidente, y la historia de la humanidad así lo confirma, que las formas de organización son cambiantes, de manera que, en el ámbito de la economía, se ha pasado de la economía del trueque a la economía feudal, al mercantilismo, al capitalismo industrial, al capitalismo financiero, por citar solo algunas de las principales formas de organización económica. Nada hace pensar que el capitalismo financiero vaya a ser la última forma de organización económica. Y algo parecido puede decirse de la forma de organización política. Más bien, todos los hechos descritos, incluido el hecho de la aceleración del cambio en todos los elementos del ecosistema (aceleración del cambio demográfico, del cambio en el medio ambiente y del cambio tecnológico), sugieren que los cambios en las formas de organización social, incluidos los sistemas de valores y creencias, están cambiando también a mucha mayor velocidad de lo que lo habían hecho hasta el presente. Lo que resulta más difícil es adivinar cuáles serán esas nuevas formas de organización social.

Pero antes de que estos dos modelos sean sustituidos, no sabemos por qué otros modelos, el poder tratará de defenderse, intentando controlar los crecientes conflictos sociales recurriendo a la autoridad, lo que presagia un futuro retorno a sistemas políticos autoritarios, de izquierda o de derecha, para el caso da lo mismo. Siempre que las poblaciones se han visto en la necesidad de elegir entre libertad y seguridad han acabado aceptando la segunda a costa de la primera, y el poder facilitará (tiene medios para ello) esta elección. Los puntos uno a cuatro del pronóstico elaborado a finales de los años setenta, y que ha sido el origen de este trabajo, se han cumplido en gran medida, y una mirada a los telediarios nos sugiere

que estamos inmersos en el punto cinco y camino del seis. Si no se quiere llegar a las soluciones autoritarias habrá que impedir el aumento de los conflictos sociales por otros medios diferentes, es decir, reduciendo las desigualdades sociales. Pero eso no parece probable a corto plazo, precisamente porque el poder financiero surgido del nuevo capitalismo financiero global parece haberse impuesto al poder político. Hace tres años, en una «Tercera» de *ABC* explicamos que el poder financiero es en la actualidad mayor que el político debido a que el poder financiero es el único que se ha globalizado, mientras que el político está muy fragmentado en más de 200 Estados soberanos (Díez Nicolás, 2010).

Los datos procedentes de otra teoría sociológica sobre el cambio de valores en más de un centenar de países y desde 1981 hasta el presente sugieren que el proceso de industrialización estuvo acompañado por un cambio de valores que elevó las cotas de seguridad personal y económica hasta niveles nunca conocidas en la historia de la humanidad, basándose en valores como el esfuerzo y la autoridad (Inglehart, 1977, 1990, 1997). Pero en la siguiente etapa de postindustrialización se han potenciado los valores de «emancipación», que priorizan el bienestar del individuo y que han reducido la importancia de la autoridad. La sociedad postindustrial, en la que el capitalismo industrial-empresarial ha sido reemplazado por el capitalismo financiero, ha hecho resurgir la inseguridad económica y la inseguridad personal, lo que explicaría el retorno a valorar la autoridad, y al peligro de que surjan sistemas autoritarios que antepongan la seguridad a la libertad. Los datos más recientes para los países más desarrollados, entre ellos España, no dejan lugar a dudas sobre la creciente demanda social de seguridad (Díez Nicolás, 2011a, 2011b, 2013b).

En fin, desde dos teorías sociológicas diferentes se llega al mismo pronóstico, un retorno a situaciones de inseguridad que refuerzan los valores que priorizan la autoridad. Lo peor de todo parece ser la falta de liderazgo político, en el mundo y en España, para afrontar una situación en la que es crecientemente visible la aparente incapacidad de la economía de libre mercado y la democracia parlamentaria para hacer frente a una crisis que amenaza su propia supervivencia. La actual situación requiere un liderazgo fuerte que devuelva la seguridad a los ciudadanos, sin caer en la respuesta fácil de nuevos sistemas autoritarios o totalitarios o de populismos de izquierda o derecha. No olvidemos que la crisis económica y social de los años treinta radicalizó a las sociedades y produjo respuestas totalitarias, fascistas y comunistas y, finalmente, la II Guerra Mundial. Aprendamos de la historia para no repetirla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COUNCIL ON ENVIRONMENTAL QUALITY AND DEPARTMENT OF STATE (1980), *The Global 2000 Report to the President*, Government Printing Office, Washington D.C.
- DÍEZ NICOLÁS, JUAN (1967), «Social Position and Attitudes towards Domestic Issues in Spain», *POLLS*, vol. III, nº 2, Amsterdam.
- (1981), «La España Previsible», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, nº 12, Madrid.
 - (1982), «Ecología Humana y Ecosistema Social», CEOTMA: *Sociología y Medio Ambiente*, MOPU, Madrid.

- (2004), *El Dilema de la Supervivencia*, Obra Social de Caja Madrid, Madrid.
 - (2010), «Poder Político y Poder Financiero», *Tercera en ABC*, 30 agosto.
 - (2011a), «¿Regreso a los Valores Materialistas?: El Dilema entre Seguridad y Libertad en los Países Desarrollados», *Revista Española de Sociología (RES)*, nº 15, Madrid.
 - (2011b), *La Seguridad Subjetiva en España: Construcción de un Índice Sintético de Seguridad Subjetiva (ISSS)*, Ministerio de Defensa, Madrid.
 - (2013a), «Desequilibrios Demográficos», Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Los Potenciadores del Riesgo*, Ministerio de Defensa, Madrid.
 - (2013b), «Measuring the Concept of Security in a Comparative Perspective». Jornadas sobre The Rise in Public Engagement: The Region and the World, Qatar University, Doha.
- FUKUYAMA, F. (1991), *The End of History and Last Man*, The Free Press, Glencoe, Ill.
- GLENN, J. C., GORDON, Th. J. y FLORESCU, E. (2011), *2011 State of the Future*, The Millenium Project, Washington D.C.
- HIRSH, F. (1978), *Social Limits to Growth*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.).
- HUDSON INSTITUTE (1975), *El Resurgir Económico de España*. Instituto de Estudios de Planificación, Madrid.
- INGLEHART, R. (1977), *The Silent Revolution*, Princeton University Press, Princeton.
- (1990), *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press, Princeton.
 - (1997), *Modernization and Post-modernization*, Princeton University Press, Princeton.
- KAHN, H. y WIENER, A. J. (1967), *L'An 2000*, Laffont, París.
- MEADOWS, D. H. et al. (1972), *Los Límites del Crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México.
- NACIONES UNIDAS (1979), *Informe sobre la Situación Social del Mundo 1978*. E/CN.5/57. NN. UU., New York.
- NATIONAL INTELLIGENCE COUNCIL (2012), *Global Trends 2030: Alternative Worlds*, National Intelligence, Washington D. C.
- OCDE (1980), *Interfuturos: de cara al Futuro*, Instituto Nacional de Prospectiva, Madrid.
- (2008), *Growing Unequal? Income Distribution and Poverty in OECD Countries*, OECD, París.
 - (2011), *Divided we Stand: Why Inequality Keeps Rising*, OECD, París.
- PNUD (2011), *Informe sobre Desarrollo Humano 2010*, PNUD, New York.
- POPULATION REFERENCE BUREAU (1965), *World Population Data Sheet, 1965*, PRB, New York.
- (2000), *World Population Data Sheet 2000*, PRB, New York.
 - (2012), *World Population Data Sheet 2012*, PRB, New York.
- ROSTOW, W.W. (1962), *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass.
- SAUVY, A. (1961), *El Problema de la Población del Mundo: de Malthus a Mao TseTung*, Aguilar, Madrid.
- TUCÍDIDES (2007), *El Discurso Fúnebre de Pericles*, Ediciones Sequitur, Madrid.
- UNITED NATIONS ENVIRONMENT PROGRAM (1999), *Global Environment Outlook 2000*. Earthscan, London.

- VV. AA. (2011), *Alerta 2011! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*, Icaria, Barcelona.
- WILKINSON (2004), «Why is Violence more Common where inequality is greater?» *Annals of the New York Academy of Sciences* 1036, New York.
- WORLD ECONOMIC FORUM (2013), *Global Risks 2013*, Eight Edition, World Economic Forum, Geneva.

Juan Díez Nicolás, Universidad Europea de Madrid. M.A. en Sociología, The University of Michigan. Doctor en Ciencias Políticas, UCM. Doctor Honoris Causa en Sociología, UNED. Catedrático emérito de Sociología, UCM. Investigador de referencia, Centro de Excelencia en Valores y Sociedad Global, UEM. Investigador principal para España en el WVS, el ISSP y el CSES. Publicaciones: *El Dilema de la Supervivencia. Las Dos Caras de la Inmigración. La Seguridad Subjetiva en España*. «Las diferentes Formas de Actividad a lo largo de la Vida y las Relaciones entre Generaciones», «Value Systems of Elites and Publics in the Mediterranean», «Values and Generations in Spain», «Cultural Differences on Values about Conflict, War and Peace», «Some Theoretical and Methodological Applications of Centre-Periphery Theory and the Social Position Index», «¿Regreso a los valores materialistas?», «The EU and ageing populations, implications for migration flows», «Sistema Educativo y Ciencia», «Actitudes hacia la Corrupción». Áreas: población, opinión pública, valores, seguridad.